

## Desensamblar la salud mental universitaria: la teoría del actor-red como marco analítico

### *Disassembling University Mental Health: Actor–Network Theory as an Analytical Framework*

**Fresia Pino Arcos**

Universidad Alberto Hurtado

<https://orcid.org/0009-0001-6412-936X>

[fpinoa@uah.cl](mailto:fpinoa@uah.cl)

Chile

#### **Resumen:**

La salud mental universitaria ha sido abordada mayoritariamente desde enfoques clínico-epidemiológicos e institucionales que, aunque han permitido dimensionar la magnitud del malestar estudiantil, tienden a privilegiar explicaciones centradas en síntomas individuales o en tensiones entre sujetos y estructuras educativas predefinidas. Este artículo tiene por objetivo proponer la Teoría del Actor-Red (TAR) como un marco analítico pertinente para el estudio de la salud mental en contextos de educación superior, poniendo el foco en las redes sociotécnicas que configuran la experiencia universitaria contemporánea. A partir de una revisión crítica de la literatura y del desarrollo de conceptos clave de la TAR —agencia distribuida, redes heterogéneas, traducción y ensamblaje— se argumenta que la salud mental universitaria puede comprenderse como un fenómeno emergente coproducido por actores humanos y no humanos, tales como estudiantes, prácticas pedagógicas, políticas institucionales, plataformas digitales, protocolos de gestión y espacios educativos. La principal aportación del trabajo consiste en reubicar la salud mental universitaria como un objeto de análisis propio del campo educativo, entendido no como un problema individual ni exclusivamente estructural, sino como un efecto relacional de redes que organizan la vida académica y orientan las respuestas institucionales.

**Palabras clave:** salud mental universitaria, educación superior, teoría del actor-red, redes sociotécnicas, instituciones educativas

#### **Abstract:**

*University mental health has been predominantly addressed through clinical-epidemiological and institutional approaches which, although effective in estimating the magnitude of student distress, tend to privilege explanations focused on individual symptoms or on tensions between subjects and pre-existing educational structures. This article aims to propose Actor–Network Theory (ANT) as a relevant analytical framework for the study of mental health in higher education, shifting attention toward the sociotechnical networks that shape contemporary university experience. Drawing on a critical review of the literature and on key ANT concepts—distributed agency, heterogeneous networks, translation, and assemblage—the article argues that university mental health can be understood as an emergent phenomenon co-produced by human and non-human actors, including students, pedagogical practices, institutional policies, digital platforms, management protocols, and educational spaces. The main contribution of this work lies in repositioning university mental health as an object*

*of inquiry within the field of education, understood not as an individual problem nor solely as a structural issue, but as a relational outcome of networks that organize academic life and orient institutional responses.*

**Keywords:** *university mental health, higher education, actor–network theory, sociotechnical networks, educational institutions*

**Recibido:** 06/03/2026 | **Aceptado:** 23/06/2026 | **Publicado:** 01/07/2026 | pp. 1 – 13

**DOI:** 10.19136/etie.v9n17.6386

## Desensamblar la salud mental universitaria: la teoría del actor-red como marco analítico

### | *Introducción*

La literatura científica de las últimas dos décadas ha definido la salud mental universitaria de manera heterogénea, evolucionando desde marcos predominantemente patológicos individuales (pre-2010) hacia modelos híbridos que integran dimensiones individuales, institucionales y sociales (Suyo-Vega et al., 2022; Gastelú Soto & Hurtado Deudor, 2022). Estudios clínicos tradicionales mantienen definiciones centradas en psicopatología con criterios del DSM-IV (Micin & Bagladi, 2011), mientras enfoques alineados con la OMS adoptan concepciones integrales de bienestar que abarcan factores sociales, psicológicos y biológicos (Vergara Darré, 2023). Revisiones latinoamericanas recientes identifican tres dimensiones clave que se entrecruzan: (1) positiva (bienestar, capacidades para afrontar estrés, productividad, contribución comunitaria); (2) negativa (ausencia de síntomas depresivos, ansiosos, estrés y trastornos DSM); y (3) contextual (influida por adaptación académica, burnout, familia, discriminación, hábitos alimenticios y pandemia COVID-19).

Aun desde diferentes marcos conceptuales, la salud mental universitaria ha adquirido prominencia en el debate educativo y sanitario. Investigaciones internacionales pre-pandemia ya reportaban que cerca de un tercio de los estudiantes manifestaba síntomas de depresión, ansiedad o estrés anuales (Auerbach et al., 2018; Rossi et al., 2019), con revisiones sistemáticas estimando prevalencias del 25% para síntomas depresivos/ansiosos (Paula et al., 2020). En Chile, las movilizaciones estudiantiles de 2019 hicieron emerger esta problemática en los medios y la agenda pública (Ramírez, 2019; Said, 2019). La pandemia profundizó el deterioro (Barrera-Herrera & San Martín, 2021; Seguimos Virtual, 2020), y evidencia reciente confirma altas tasas de depresión, ansiedad, estrés académico y coocurrencia con consumo problemático de sustancias, replicándose en la región (Lillo et al., 2025; Martínez-Líbano et al., 2025; Estrada, 2021; Aveiro-Róbaló et al., 2022).

Este cuerpo de investigación es relevante, en tanto ha aportado tres contribuciones clave a la caracterización del fenómeno: (1) cuantificación de su magnitud (prevalencias 25-35% síntomas moderados-severos); (2) identificación de perfiles de riesgo (mujeres, minorías sexuales, estudiantes trabajadores); y (3) mapeo de factores asociados a la transición vital universitaria —exigencias académicas intensivas, reconfiguración de vínculos sociales y búsqueda de autonomía— junto con determinantes individuales (género, orientación sexual, nivel socioeconómico) (Barrera-Herrera & San Martín, 2021; Auerbach et al., 2018; Costa Maria et al., 2022). Sin embargo, esta perspectiva presenta límites significativos para explicar los mecanismos causales del malestar, desatendiendo dispositivos institucionales (evaluaciones sumativas, lógicas neoliberales), dinámicas relacionales (competencia entre pares) y condiciones materiales (infraestructuras insuficientes, endeudamiento estudiantil) que lo estructuran como fenómeno sociotécnico sistémico. En consecuencia, las principales recomendaciones se han orientado hacia intervenciones centradas en los sujetos: desarrollo de habilidades de afrontamiento, promoción de hábitos saludables y ampliación de servicios de apoyo estudiantil (Estrada et al., 2021; Rossi et al., 2019).

Esta literatura comparte un aspecto clave: su aproximación epistemológica predominante ha sido desde encuadres psicomédicos y epidemiológicos —más allá de las prácticas de atención clínica—, priorizando la cuantificación sintomática sobre la comprensión contextual. Si bien este enfoque ha permitido conocer la magnitud del problema (prevalencias, perfiles de riesgo), su lógica biomédica ha limitado la investigación a síntomas individuales, dejando menos exploradas las dinámicas institucionales, relacionales y materiales que configuran la experiencia de salud mental universitaria. Investigaciones recientes en Chile han advertido esta brecha epistemológica. Aceituno Morales et al. (2024) sostienen que el sufrimiento estudiantil ha sido escasamente estudiado desde las instituciones y su contexto sociohistórico; mientras Cifuentes Astete (2023) subraya la necesidad de incorporar perspectivas de distintos estamentos universitarios. No obstante, estas aproximaciones mantienen una perspectiva dualista que separa sujetos de instituciones, dejando de lado otros elementos materiales y relacionales que participan en la producción del fenómeno.

Identificar esta ausencia es crucial para la investigación y generación de propuestas, ya que permitiría formular recomendaciones orientadas a la red de interacciones que producen el malestar en el contexto universitario, trascendiendo el foco exclusivo en estudiantes y sus síntomas. Hoy, elementos clave quedan fuera de análisis: 1) protocolos institucionales que priorizan control académico sobre apoyo psicosocial (sistemas de evaluación inflexibles que derivan en rankings); 2) arquitecturas materiales que generan aislamiento (aulas impersonales, espacios comunes insuficientes); 3) plataformas tecnológicas de gestión estudiantil (Moodle, Canvas) que cuantifican rendimiento y median la carga académica, pero que no consideran las cargas afectivas; y 4) políticas financieras que precarizan la experiencia (procesos de matrícula que descansan en créditos y endeudamiento). Esta omisión perpetúa intervenciones paliativas, por ejemplo, talleres de mindfulness o cursos prácticos para el manejo del estrés, incapaces de transformar las condiciones estructurales que estabilizan el malestar. Frente a ello, la Teoría del Actor-Red (TAR) ofrece una perspectiva analítica necesaria. Desde su énfasis en redes heterogéneas que articulan personas, discursos, políticas, tecnologías y materialidades, la TAR permite pensar la salud mental universitaria (en adelante SMU) no como síntomas individuales, sino como fenómeno que se produce, estabiliza y transforma en un entramado dinámico de relaciones.

A lo largo de este manuscrito se argumenta que la comprensión de los procesos de bienestar y malestar en la vida universitaria requiere marcos analíticos capaces de dar cuenta de las dinámicas relacionales, institucionales y materiales que participan en su producción, y que han quedado en segundo plano en los enfoques predominantes sobre la salud mental universitaria. En este contexto, el trabajo se orienta a responder por qué la Teoría del Actor-Red (en adelante TAR) constituye un marco analítico pertinente para estudiar la salud mental universitaria, en la medida en que permite desplazar la atención desde explicaciones centradas en individuos o estructuras hacia el análisis de redes de relaciones entre actores heterogéneos. A partir de ello, se argumenta que la TAR amplía la comprensión de la salud mental universitaria al visibilizar cómo este fenómeno emerge, se estabiliza y se gestiona en entramados sociotécnicos, y se exploran las implicancias prácticas de adoptar una conceptualización más relacional y dinámica.

En los apartados que siguen, se revisan, en primer lugar, las claves conceptuales de la TAR relevantes para repensar este campo de estudio. Posteriormente, se analizan los desafíos y aportes que dicho enfoque ofrece para comprender los problemas de salud mental en contextos universitarios, incorporando también una síntesis de investigaciones que han utilizado la TAR en otros ámbitos de la salud mental. Con ello, se propone teóricamente a la Teoría del Actor-Red como una alternativa viable para investigar estos fenómenos, entendidos como efectos de red que requieren procedimientos de desensamblaje para su

análisis. Finalmente, se discuten las implicancias de adoptar esta perspectiva para reorientar la mirada hacia las redes que articulan personas, instituciones, discursos y tecnologías en el ámbito universitario.

## | *Aspectos teóricos*

### **Claves conceptuales de la teoría del actor-red**

Desde la perspectiva de la Teoría del Actor-Red, lo social no constituye un dominio fijo ni preexistente, sino un efecto de relaciones que se actualiza en la práctica. Este principio —central en Latour (2005)— permite desplazar el análisis desde explicaciones centradas en causas individuales del malestar hacia los procesos mediante los cuales la SMU se define, se estabiliza y circula como categoría institucional y objeto de conocimiento. La TAR no ofrece un marco interpretativo previo, sino un conjunto de herramientas analíticas para describir cómo algo llega a existir como problema, política o experiencia. En este sentido, su pertinencia como marco analítico para el estudio de la SMU radica en que permite desplazar el foco desde sujetos y categorías predefinidas hacia las asociaciones heterogéneas que las producen, invitando a rastrear cómo la salud mental emerge como efecto de redes que articulan elementos humanos y no humanos —estudiantes, políticas, tecnologías, espacios físicos y discursos— (Uribe Lopera et al., 2024).

### **Agencia distribuida**

En la TAR, la agencia no reside en individuos autónomos ni en propiedades internas, sino que emerge como efecto distribuido de redes heterogéneas. Latour (2005) sostiene que la acción surge en puntos de cruce donde múltiples agencias se entrelazan, sin control consciente total. Comprender un fenómeno implica desarmar el entramado de agencias que lo posibilitan, más que atribuirlo exclusivamente a la acción individual. Desde esta perspectiva, lo que las investigaciones en salud mental universitaria suelen identificar como “factores” puede entenderse como asociaciones que el enfoque relacional permite reconstruir con mayor precisión. Así, procesos psicológicos complejos como la autorregulación emocional no se originan únicamente en la “voluntad del estudiante”, sino que se reconfiguran en tiempo real por el ensamblaje dinámico de: notificaciones en las plataformas que activan ansiedad anticipatoria; protocolos institucionales de alerta que pueden sobrepasar la confidencialidad; métricas de rendimiento que convierten la autoeficacia académica en dato cuantificable; y mensajes automatizados en cualquier hora y lugar que redistribuyen la agencia desde el sujeto hacia el sistema. El “malestar psicológico”, la “sobrecarga académica” o la “falta de apoyo institucional” emergen así de ensamblajes donde agencias humanas (docentes, directivos, estudiantes) y no humanas (plataformas digitales, protocolos de derivación) actúan conjuntamente (Jaramillo Castell & Figueroa Oliva, 2020).

### **Redes heterogéneas**

Las redes, en la TAR, son asociaciones dinámicas y materiales que vinculan actores humanos y no humanos, otorgando estabilidad a efectos sociales observables. Law (1992) destaca su carácter heterogéneo y frágil, mientras que Callon (1987) subraya que se sostienen mediante procesos de traducción, tensiones y reensamblajes. Cuando estas asociaciones logran estabilizarse, el ensamblaje resultante opera como una “caja negra”, naturalizada y aparentemente inmutable, que oculta las negociaciones y conexiones que hicieron posible su existencia (Fenwick et al., 2011). La constitución de estas cajas negras está mediada por relaciones de poder: actores con mayor capacidad de influencia —como directivos, normativas internas o plataformas hegemónicas— inciden en la estabilización de lecturas de la SMU centradas en el déficit

individual, invisibilizando otras configuraciones posibles. En el contexto universitario, la gestión del bienestar y el malestar estudiantil se estabiliza como una red de prácticas que articula servicios de atención psicológica, mecanismos de derivación y protocolos de detección de riesgo, reforzando ciertas respuestas institucionales mientras relega otras, como espacios de diálogo colectivo o infraestructuras inclusivas.

## **Actores como efectos relacionales**

Desde la TAR, un actor no es una entidad preexistente, sino una “red pautada de relaciones heterogéneas o un efecto producido por dicha red” (Law, 1992, p. 81). Las capacidades que se atribuyen a los actores — pensar, decidir, intervenir— se generan en relaciones que atraviesan cuerpos, artefactos, documentos y normas. Callon (1987) plantea que un actor adquiere identidad solo mientras sus conexiones persisten, de modo que figuras como “el estudiante vulnerable”, “el servicio de apoyo” o “la demanda por salud mental” se configuran en prácticas y negociaciones institucionales, y no como esencias fijas. Fenwick et al. (2011) muestran cómo los malestares educativos resultan de traducciones entre personas, discursos, tecnologías y regulaciones. Este proceso de traducción implica relaciones de poder, en las que protocolos normativos, plataformas de gestión y discursos hegemónicos fijan identidades y orientan la SMU hacia la gestión de síntomas, marginando la agencia de otros actores, como las materialidades espaciales o la experiencia colectiva estudiantil.

En conjunto, estos elementos permiten sostener que la Teoría del Actor-Red desplaza la comprensión de la salud mental universitaria desde estados individuales hacia ensamblajes relacionales. No se trata de lo que “sucede a los estudiantes en las universidades”, sino de efectos producidos por redes que involucran instituciones, tecnologías, discursos y materialidades. Estudiar la SMU desde este enfoque supone rastrear circuitos y traducciones entre actores heterogéneos, atendiendo a las prácticas que hacen existir el fenómeno y a las configuraciones que estabilizan respuestas institucionales (Fenwick & Edwards, 2012).

## **| Aportaciones**

### **Desafíos y aportes de la teoría del actor-red en la comprensión de la salud mental universitaria**

La salud mental universitaria en Chile se ha abordado desde posturas que, en términos amplios, pueden ubicarse en un continuo entre enfoques epidemiológico-clínicos y análisis institucionales críticos. Mientras los primeros cuantifican síntomas individuales y los segundos denuncian estructuras opresivas, ambos comparten una lógica común: analizar el malestar como expresión de tensiones preexistentes entre sujetos y estructuras fijas. La TAR introduce un desplazamiento analítico radical al comprender la SMU como efecto emergente de procesos de traducción, estabilización y negociación continua entre actores heterogéneos —humanos y no humanos— que no preexisten al ensamblaje, sino que se constituyen recíprocamente en él. Este giro ontológico implica que el malestar no refleja contradicciones estructurales ni fallas individuales, sino que se produce activamente en los momentos de controversia donde políticas, plataformas, cuerpos, aulas y discursos deben ser re-negociados para estabilizar (o desestabilizar) la red universitaria. Así, la TAR no amplía el mapa analítico, sino que redefine el problema mismo: de “tensiones sujeto-institución” a “dinámicas de traducción sociotécnica”.

### **Limitaciones estructurales del enfoque clínico-epidemiológico**

Los estudios epidemiológicos dominan la caracterización cuantitativa de la SMU en Chile, reportando prevalencias alarmantes de ansiedad, depresión y estrés entre estudiantes (Barrera-Herrera & San Martín,

2021; Martínez-Líbano et al., 2025). Estas aproximaciones han aportado evidencia sistemática sobre la prevalencia del malestar y han permitido comprender dimensiones afectivas y cognitivas relevantes para la experiencia estudiantil. Aunque investigaciones recientes con métodos mixtos y enfoques epidemiológicos críticos han intentado incorporar contexto institucional, por ejemplo Aceituno Morales et al. (2024), en la práctica académica y de gestión universitaria persiste un énfasis dominante en factores individuales predisponentes —resiliencia, estilos de afrontamiento, historia clínica previa— que explican el estrés, la ansiedad, la depresión o el burnout académico, relegando las condiciones materiales y organizacionales del ensamblaje universitario.

Desde esta perspectiva, se estabilizan categorías como “estudiante vulnerable” o “síntoma prevalente”, invisibilizando la coproducción sociotécnica del fenómeno. Las encuestas online que miden experiencias subjetivas no funcionan como instrumentos neutrales de recolección de datos, sino que median activamente en la definición de la SMU: al traducir vivencias complejas en escalas estandarizadas, por ejemplo, al traducir la ansiedad en una frecuencia que va desde 1-5, transforman la incertidumbre fenomenológica en datos cuantificables, estabilizando qué cuenta como malestar legítimo y quién lo encarna. Este reaseguramiento técnico genera certeza aparente que cierra posibilidades interpretativas y de acción divergente, reduciendo intervenciones a estrategias psicoeducativas individuales y desplazando el análisis de cómo configuraciones institucionales, materiales y discursivas mitigan o intensifican el malestar. Una evidencia es que las críticas sociales colectivas y movilizaciones universitarias persisten pese a la proliferación de diagnósticos y servicios (Blake, 2024).

### **Perspectivas institucionales y tensiones que reflejan**

El desplazamiento hacia un análisis institucional (Aceituno Morales et al., 2024; Cifuentes Astete, 2023) complejiza la mirada, incorporando discursos políticos (inclusión, meritocracia), prácticas autoritarias, brechas socioeconómicas y fragmentación en la gestión universitaria. Aquí la SMU deja de ser un problema individual para entenderse como expresión de tensiones que se articulan en la relación sujeto-estructura. No obstante, este enfoque aún se apoya en categorías históricas de “institución” y “sujeto” como preexistentes, sin detallar cómo se configuran concretamente esas relaciones ni cómo los soportes materiales y tecnológicos participan activamente.

Más aún, la invitación al diálogo inter-estamental entre unidades y actores suele quedarse en una propuesta normativa, sin herramientas para captar las mediaciones que producen y mantienen estas tensiones. Por ejemplo, no se examinan cuán decisiva es la configuración tecnológica de plataformas de gestión académica ni la materialidad física de los campus para reproducciones o resistencias de malestar. La ausencia de un marco analítico que integre estos elementos limita la praxis.

### **La teoría del actor-red como perspectiva crítica**

La TAR permite superar tanto la reducción individualista como la secuencial institucional al conceptualizar la SMU como fenómeno emergente de redes efectivas e inestables. La agencia es distribuida, y los actores —ya sean estudiantes, protocolos, discursos o tecnologías— son efectos relacionales y esfuerzos de traducción que se mantienen o mutan. Así, el malestar psicológico no es solo una experiencia interna sino una producción conectada en ensamblajes complejos.

Desde una lectura crítica contemporánea, la pertinencia de la TAR no radica solo en su capacidad descriptiva, sino en su potencia heurística para ampliar los factores considerados centrales en la comprensión de la vida social, visibilizar tensiones y problemáticas emergentes, y habilitar formas situadas

de acción e intervención (Rodríguez-Medina et al., 2022). En el campo de la salud mental universitaria, esta perspectiva resulta especialmente relevante, en tanto permite abordar un fenómeno atravesado por ambigüedades, disputas y sensibilidades políticas, donde los miedos, las urgencias y las demandas de gestión suelen articularse con agendas institucionales y extra-académicas. La TAR no elimina estas ambigüedades, sino que las reconoce como parte constitutiva del fenómeno, otorgándoles un valor analítico que fortalece su capacidad para explorar áreas tradicionalmente marginadas en los estudios sobre educación superior, y para pensar la salud mental no solo como objeto de análisis, sino como campo de intervención posible.

Este cambio epistemológico desafía categorías fijas —lo “individual”, lo “social”, lo “institucional”— y provoca repensar el lugar de elementos usualmente secundarios. Por ejemplo, las plataformas digitales, los horarios que organizan las clases, y los espacios físicos fragmentados son actores materiales que configuran exigencias, tensiones y respuestas, y que en la red se potencian mutuamente. Sin embargo, esto también requiere cuestionar la simplificación de pensar simétricamente a los actores humanos y no humanos, dado que las desigualdades de poder internas a la universidad (jerarquías, normativas hegemónicas) influyen decisivamente sobre las traducciones y estabilizaciones de significados y prácticas de salud mental.

### **Ejemplos que ilustran la red en acción**

Las investigaciones de Bodnar (2024), Edquist (2022) y Flore (2024) que han abordado la salud mental en contextos no universitarios, ejemplifican cómo la TAR desarma fenómenos complejos. Bodnar muestra que en contextos clínicos la materialidad y los ecosistemas inciden activamente en las experiencias psicológicas, revelando que malestar y cuidado se configuran en redes corporales, ambientales y tecnológicas. Aplicada al contexto universitario, esta perspectiva invita a analizar cómo el diseño físico de los campus universitarios o la segmentación espacial impactan en el bienestar estudiantil más allá de políticas o intervenciones individuales.

Edquist describe la gobernanza de salud mental en Europa como un constante trabajo de ensamblaje entre expertos, marcos normativos y tecnologías de datos, que generan políticas en red y procesos multidireccionales, no decisiones unilaterales. Esta visión conlleva una comprensión de la SMU como fenómeno político y administrativo en traducción dinámica, no como un asunto estático.

Flore aporta una mirada crítica sobre las aplicaciones digitales de salud mental que no solo monitorean síntomas, sino que reconfiguran activamente sentidos y prácticas de autocuidado. En el contexto universitario, la emergencia de plataformas educativas y apps para seguimiento estudiantil durante la pandemia evidencia cómo estas tecnologías amplifican o mitigan la producción de malestar, impactando en la subjetividad y las redes de apoyo (Choudhury et al., 2023).

Estos ejemplos demuestran el poder de la TAR para revelar actores usualmente invisibilizados en la SMU —protocolos de alerta estandarizados, arquitecturas espaciales segregadoras, temporalidades académicas rígidas, narrativas gerenciales de “resiliencia”— que no solo condicionan qué definición de salud mental se estabiliza, sino que median activamente su producción y gestión. La TAR importa porque reorienta la investigación/intervención desde sujetos vulnerables hacia puntos de traducción críticos de la red sociotécnica, donde humanos y no humanos negocian conjuntamente el malestar universitario. Así, la educación superior se configura como nodos en red donde interacciones humano-no humanas mediatizan la experiencia y gestión del bienestar.

## **Desensamblaje y reconfiguración de redes**

Este manuscrito propone utilizar la Teoría del Actor-Red como una herramienta analítica para desensamblar las redes que, en el espacio universitario, configuran la salud mental. El propósito es desplegar una mirada crítica que permita identificar puntos nodales a menudo invisibilizados, especialmente entre actores no humanos, para replantear las formas en que se entiende y estudia la salud mental universitaria. Desde esta perspectiva, la SMU se concibe como un régimen de ensamblaje: una configuración relativamente estable de relaciones heterogéneas que produce y mantiene determinadas formas de malestar y bienestar, al tiempo que invisibiliza otras posibles.

Adoptar este enfoque implica realizar un mapeo sistemático de actores humanos y no humanos—un rastreo, en términos de la TAR— así como de las conexiones que componen estas redes. En un estudio empírico, este rastreo supone seguir las huellas de los actores a través de materiales heterogéneos: analizar documentos institucionales y protocolos normativos; observar el diseño y uso de plataformas digitales y espacios físicos; y recoger las experiencias y narrativas de distintos estamentos universitarios. La pregunta metodológica se desplaza así desde quiénes participan en la SMU hacia interrogantes relacionales, tales como: ¿qué actores permiten que ciertos malestares sean reconocidos como “problemas de salud mental” mientras otros se normalizan?, ¿cómo se estabilizan en la práctica categorías como “estudiante en riesgo” o “caso prioritario” en los circuitos cotidianos de gestión universitaria?

De manera más concreta, el desensamblaje de redes en la SMU puede operacionalizarse siguiendo actores y puntos de cruce específicos. Algunos ejemplos hipotéticos de nodos relevantes en universidades chilenas incluyen: 1) los protocolos de detección y derivación de riesgo suicida, donde confluyen formularios electrónicos, escalas de tamizaje, profesionales de apoyo, sistemas de registro y decisiones sobre confidencialidad; 2) las plataformas de gestión académica que concentran información sobre matrículas, calificaciones, alertas de rendimiento y mensajes automatizados, y que definen umbrales de “normalidad”, “rezago” o “alerta”; 3) los espacios físicos universitarios —salas de espera de servicios psicológicos, patios, bibliotecas y casinos— que organizan temporalidades de descanso, encuentro o aislamiento; y 4) las campañas de bienestar y autocuidado, que articulan discursos institucionales, piezas gráficas, redes sociales digitales y actividades presenciales. Seguir estos nodos implica observar cómo se enlazan con otros actores; por ejemplo, cómo un mensaje automático que advierte sobre bajo rendimiento académico puede conectarse con el aumento del estrés, con la decisión de acudir a un servicio de apoyo o con la participación en instancias de organización estudiantil.

El mapeo de redes requiere articular distintos dispositivos de producción de datos. La observación de prácticas cotidianas permite describir cómo se usan efectivamente las plataformas digitales, cómo circulan los estudiantes por los campus y cómo se implementan los protocolos en situaciones concretas. El análisis documental —reglamentos académicos, protocolos de crisis, lineamientos de bienestar e informes de evaluación institucional— permite reconstruir las traducciones formales mediante las cuales la SMU se inscribe como un problema de gestión, control y responsabilidad institucional. A su vez, entrevistas y grupos de discusión con estudiantes, docentes, profesionales de apoyo y directivos permiten comprender las interpretaciones que sostienen, negocian o cuestionan las redes existentes, así como las posiciones desde las cuales estos actores se perciben como responsables, afectados o marginados en la configuración de la salud mental universitaria.

Resulta clave, además, atender a las traducciones y controversias que estabilizan ciertas definiciones y prácticas de salud mental, mientras otras quedan relegadas o emergen como formas de contestación. Por

ejemplo, las plataformas digitales traducen experiencias estudiantiles en indicadores de asistencia, rendimiento y permanencia, generando exigencias de productividad, disponibilidad horaria y auto-monitoreo que inciden directamente en el bienestar. De manera similar, la organización física de los campus —edificios dispersos, tiempos de traslado, accesibilidad de servicios y presencia o ausencia de espacios de descanso y encuentro— puede favorecer vínculos de apoyo o, por el contrario, intensificar el aislamiento y la fragmentación de la vida universitaria. Describir estas configuraciones implica especificar qué actores intervienen —algoritmos, horarios, dispositivos de registro, sistemas de reserva de espacios— y cómo sus combinaciones hacen posibles determinadas experiencias de estrés, sobrecarga o cuidado.

Finalmente, desensamblar redes desde la TAR implica problematizar la relación entre actores humanos y no humanos, incorporando críticamente las relaciones de poder y jerarquías que condicionan su capacidad de intervención. La posición institucional de directivos, la fuerza normativa de ciertos protocolos, la centralidad de plataformas hegemónicas o la dependencia de métricas específicas otorgan a algunos actores un peso diferencial en la estabilización de significados y respuestas en torno a la SMU. Este enfoque no solo permite describir estas dinámicas, sino que ofrece herramientas conceptuales para analizarlas críticamente y para pensar posibles reconfiguraciones de nodos clave —como la revisión de sistemas de alerta temprana, el rediseño de espacios físicos que favorezcan el encuentro o la incorporación de dispositivos de participación estudiantil en la definición de políticas de bienestar—, entendidas no solo como desafíos prácticos, sino como objetos de estudio que complejizan la comprensión de la salud mental en contextos universitarios.

## | *Conclusiones*

La propuesta aquí desarrollada sostuvo que la Teoría del Actor-Red (TAR) constituye una alternativa analítica pertinente para estudiar la salud mental universitaria (SMU) y ampliar su comprensión en el contexto universitario. A lo largo del texto se argumentó que, si bien los enfoques clínico-epidemiológicos y los análisis institucionales han sido fundamentales para visibilizar la magnitud del problema y sus tensiones estructurales, ambos tienden a operar con categorías predefinidas —individuo, institución, síntoma, vulnerabilidad— que limitan la capacidad de describir cómo la salud mental universitaria se produce, circula y se estabiliza en la práctica. Frente a ello, la TAR permite desplazar la mirada hacia ensamblajes heterogéneos en los que tecnologías, discursos, normativas, espacios y actores humanos participan conjuntamente en la configuración del malestar y el bienestar.

En respuesta a la pregunta de investigación —por qué la TAR constituye un marco analítico pertinente para estudiar la SMU— se concluye que esta perspectiva habilita una comprensión relacional y situada de los procesos mediante los cuales la salud mental se constituye como objeto de gestión, categoría institucional y experiencia vivida. La TAR permite rastrear puntos nodales, mediaciones, traducciones y controversias que permanecen invisibles en otros marcos analíticos, mostrando que las definiciones de salud mental y las respuestas institucionales asociadas no preexisten a la práctica, sino que emergen como efectos relacionales sostenidos por redes sociotécnicas.

La contribución específica de este trabajo al campo de los estudios sobre educación superior radica en proponer la SMU como un fenómeno sociotécnico antes que exclusivamente psicológico o estructural. Este desplazamiento conceptual abre un camino para investigar cómo las políticas y discursos de bienestar, los dispositivos y métricas institucionales, los campus y plataformas académicas, los protocolos, y las prácticas

y experiencias estudiantiles coproducen formas particulares de malestar y cuidado. Desde este enfoque, la TAR ofrece un fundamento analítico para repensar políticas, intervenciones y diseños institucionales desde una lógica menos individualizante y más atenta a las configuraciones relacionales que sostienen la vida universitaria.

Entre las limitaciones de este análisis destaca su carácter eminentemente teórico: si bien se apoya en literatura empírica relevante, no incluye un estudio de caso que permita observar directamente las redes descritas. Asimismo, la aplicación de la TAR al estudio de la SMU enfrenta el desafío de incorporar críticamente las relaciones de poder, evitando una lectura simplificada de la simetría entre actores humanos y no humanos. Esto exige un esfuerzo analítico sostenido por visibilizar las jerarquías que condicionan qué actores logran estabilizar definiciones hegemónicas de la salud mental universitaria y qué alternativas quedan marginadas.

En este marco, el trabajo permite delinear un conjunto de orientaciones para futuras investigaciones empíricas desde la TAR. Entre ellas, se propone indagar cómo actores no humanos —como plataformas digitales, algoritmos de alerta temprana, formularios, métricas institucionales y espacios físicos— adquieren centralidad en la producción de bienestar y malestar en la vida universitaria, y mediante qué traducciones ejercen agencia. Asimismo, resulta relevante analizar las controversias, tensiones y resistencias que emergen en la implementación de políticas y dispositivos de salud mental universitaria, y cómo estas disputas reconfiguran las redes existentes. Finalmente, se abre la posibilidad de examinar cómo las prácticas cotidianas de estudiantes, profesionales de apoyo y autoridades contribuyen a reproducir, modificar o desensamblar las configuraciones dominantes de la SMU. Estas líneas de investigación permiten consolidar el potencial heurístico de la TAR para el estudio de la salud mental en la educación superior, sin reducir su complejidad ni clausurar el análisis en respuestas unívocas.

## | Referencias

- Aceituno Morales, R., Jáuregui Jinés, G., & Ferreira González, C. (2024). Dinámicas subjetivo-institucionales en torno a la salud mental estudiantil en la Universidad de Chile. *Castalia - Revista de Psicología de la Academia*, 42, 23-49. <https://doi.org/10.25074/07198051.42.2700>
- Auerbach, R. P., Mortier, P., Bruffaerts, R., Alonso, J., Benjet, C., Cuijpers, P., Demyttenaere, K., Ebert, D. D., Green, J. G., Hasking, P., Murray, E., Nock, M. K., Pinder-Amaker, S., Sampson, N. A., Stein, D. J., Vilagut, G., Zaslavsky, A. M., Kessler, R. C., & WHO WMH-ICS Collaborators. (2018). WHO World Mental Health Surveys International College Student Project: Prevalence and distribution of mental disorders. *Journal of Abnormal Psychology*, 127(7), 623-638. <https://doi.org/10.1037/abn0000362>
- Aveiro-Róbaló, T. R., Garlisi-Torales, L. D., Chumán-Sánchez, M., Pereira-Victorio, C. J., Huaman-García, M., Failoc-Rojas, V. E., & Valladares-Garrido, M. J. (2022). Prevalence and Associated Factors of Depression, Anxiety, and Stress in University Students in Paraguay during the COVID-19 Pandemic. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(19), 12930. <https://doi.org/10.3390/ijerph191912930>
- Barrera-Herrera, A., & San Martín, Y. (2021). Prevalencia de Sintomatología de Salud Mental y Hábitos de Salud en una Muestra de Universitarios Chilenos. *Psykhé*, 30(1). <https://doi.org/10.7764/psykhe.2019.21813>

- Blake, J. (10 de mayo de 2024). *Protests Magnify Concerns About Student Mental Health*. Inside Higher Ed. <https://surl.li/qkpafj>
- Bodnar, S. (2024). The Fierce Urgency of Now: The Case for Including the Environmental Field in Clinical Work. *Psychoanalytic Dialogues*, 34(6), 795-811. <https://doi.org/10.1080/10481885.2024.2416621>
- Callon, M. (1987). Society in the making: The study of technology as a tool for sociological analysis. En W. E. Bijker, T. Hughes & T. Pinch (Eds.). *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology*, 1, 77-97. MIT Press.
- Choudhury, A., Kuehn, A., Shamszare, H., & Shahsavari, Y. (2023). Analysis of Mobile App-Based Mental Health Solutions for College Students: A Rapid Review. *Healthcare*, 11(2), 272. <https://doi.org/10.3390/healthcare11020272>
- Cifuentes Astete, A. (2023). Malestar estudiantil y bienestar managerial: Algunas controversias sobre el devenir de la salud mental universitaria en Chile. *Castalia - Revista de Psicología de la Academia*, 40, 49-71. <https://doi.org/10.25074/07198051.40.2473>
- Costa Maria, O. C., Galvão, A. M., & Liébana, M. J. (2022). Evidence of Mental Health in University Students: A Contribution to Literacy. *European Journal of Education and Pedagogy*, 3(3), 300-305. <https://doi.org/10.24018/ejedu.2022.3.3.349>
- Edquist, K. (2022). Actor-Networking European Union Mental Health Governance, 1999-2019. *Journal of Contemporary European Research*, 18(1). <https://doi.org/10.30950/jcer.v18i1.1175>
- Estrada, E. (2021). Emotional exhaustion in Peruvian university students during the COVID-19 pandemic. *Revista Tempos e Espaços em Educação*, 14(33), e16542. <https://doi.org/10.20952/revtee.v14i33.16542>
- Estrada, E., Mamani, M., Gallegos, N., Mamani, H., & Zuloaga, M. (2021). *Estrés académico en estudiantes universitarios peruanos en tiempos de la pandemia del COVID-19*. <https://doi.org/10.5281/ZENODO.4675923>
- Fenwick, T., & Edwards, R. (Eds.). (2012). *Researching education through actor-network theory*. Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9781118275825>
- Fenwick, T., Edwards, R., & Sawchuk, P. (2011). *Emerging Approaches to Educational Research* (0 ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203817582>
- Flore, J. (2024). (Dis)assembling mental health through apps: The sociomaterialities of young adults' experiences. *Media International Australia*, 192(1), 3-20. <https://doi.org/10.1177/1329878X221114486>
- Gastelú Soto, S., & Hurtado Deudor, L. (2022). Salud Mental en universitarios: Una revisión de la literatura científica en el tiempo. *Journal of neuroscience and public health*, 3, 253-263. <https://doi.org/10.46363/jnph.v2i3.2>
- Jaramillo Castell, F., & Figueroa Oliva, E. (2020). Un actor-una red un actante: A propósito de la reflexión de Carlos Montoya. *Cuadernos Médicos Sociales de Chile*, 60(Suppl. 1), 101-103. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9510147>
- Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- Law, J. (1992). Notes on the theory of the actor-network: Ordering, strategy, and heterogeneity. *Systems Practice*, 5(4), 379-393. <https://doi.org/10.1007/BF01059830>

- Lillo, I., Crockett, M. A., Errázuriz, A., & Martínez, V. (2025). Co-ocurrencia de problemas de salud mental en estudiantes universitarios y su relación con variables sociodemográficas. *Revista médica de Chile*, 153(7), 505-516. <https://doi.org/10.4067/s0034-98872025000700505>
- Martínez-Líbano, J., Yeomans-Cabrera, M.-M., Barahona-Fuentes, G., Ramírez, N. S., Lara, R. I., Silva, V. C., & Okamoto, R. (2025). Risk Factors and Prevalence of Suicide in Chilean University Students. *Psychiatry International*, 6(2), 49. <https://doi.org/10.3390/psychiatryint6020049>
- Micin, S., & Bagladi, V. (2011). Salud mental en estudiantes universitarios: Incidencia de psicopatología y antecedentes de conducta suicida en población que acude a un servicio de salud estudiantil. *Terapia psicológica*, 29(1), 53-64. <https://doi.org/10.4067/S0718-48082011000100006>
- Paula, W. D., Breguez, G. S., Machado, E. L., & Meireles, A. L. (2020). Prevalence of anxiety, depression, and suicidal ideation symptoms among university students: A systematic review. *Brazilian Journal of Health Review*, 3(4), 8739-8756. <https://doi.org/10.34119/bjhrv3n4-119>
- Ramírez, N. (23 de abril de 2019). Conftech emplaza al Mineduc a preocuparse por la “salud mental” de los universitarios. *El Mercurio on line*. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/04/23/945601/Conftech-emplaza-al-Mineduc-a-preocuparse-por-la-salud-mental-de-los-universitarios.html>
- Rodriguez-Medina, L., Pozas, M., & Girola, L. (Eds.). (2022). *La teoría del actor-red desde América Latina*. El Colegio de México AC.
- Rossi, J. L., Jiménez, J. P., Barros, P., Assar, R., Jaramillo, K., Herrera, L., Quevedo, Y., Botto, A., Leighton, C., & Martínez, F. (2019). Sintomatología depresiva y bienestar psicológico en estudiantes universitarios chilenos. *Revista médica de Chile*, 147(5), 579-588. <https://doi.org/10.4067/S0034-98872019000500579>
- Said, C. (23 de mayo de 2019). Salud mental moviliza a los estudiantes: atenciones subieron 18% en la U. de Chile. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/nacional/noticia/salud-mental-moviliza-los-estudiantes-atenciones-subieron-18-la-u-chile/667737/>
- Seguimos Virtual. (15 de junio de 2020). *Pulso estudiantil 2020. Educación en tiempos de COVID*. <http://resultados.seguimosvirtual.com/>
- Suyo-Vega, J. A., Meneses-La-Riva, M. E., Fernández-Bedoya, V. H., Polonia, A. D. C., Miotto, A. I., Alvarado-Suyo, S. A., ... & Alarcón-Martínez, M. (2022). Mental health projects for university students: A systematic review of the scientific literature available in Portuguese, English, and Spanish. *Frontiers in Sociology*, 7, 922017. <https://doi.org/10.3389/fsoc.2022.922017>
- Uribe Lopera, L., González Montero, S. A., & Montoya Uribe, T. (2024). Revisión sistemática de la teoría del actor red como referente metodológico en la investigación en ciencias sociales. *Desafíos*, 36(1), 1-27. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.13092>
- Vergara Darré, M. (2023). La salud mental de los estudiantes: un compromiso de la Universidad con la Formación Integral. *Temas & Matizes*, 17(29), 109–124. <https://doi.org/10.48075/rtm.v17i29.31863>